

si en el *Libro de las Centellas* [*Liber Scintillarum*] acopia é ilustra la doctrina moral de la Iglesia con suma discrecion y talento, en el *Indículo luminoso* despliega todo el caudal de sus estudios escriturarios, y pone igualmente en contribucion las obras de los Padres, no sin que entre todos contemple, como lumbrera y norte, al docto Isidoro de Sevilla ¹.

En las ediciones *ad usum Delphini* se leen ambos versos del siguiente modo:

Nec visu facilis, nec dictu affabilis ulli.

(*Aeneid.*, lib. III, v. 622).

Teutonico ritu soliti torquere cateias.

(*Id.*, lib. VII, v. 741).

Ni debe tampoco perderse de vista que era Virgilio igualmente estudiado de los personajes, á quienes Álvaro se dirigia. El ya citado Eleazaro, que si habia caido en error, no podia ser tachado de ignorante, trae á la discusion aquellos famosos versos de la *Egloga* III (v. 90):

M. Qui Bavium non odit, amet tua carmina Maevi, etc.,

que veremos adelante recordados por otro cordobés ilustre. Merece pues consignarse esta singular predileccion que logra Virgilio entre los escritores cristianos del siglo IX, porque parece ya predecir su grande influencia en las literaturas meridionales.

¹ «Beatus et lumen noster Isidorus» le apellida repetidamente, y otro tanto hacen todos los escritores del siglo IX.—El *Libro de las Centellas* es una compilacion vaciada en el molde del *Libro de las Sentencias* del mismo San Isidoro, que como hemos antes manifestado (cap. IX), habia sido imitado ya por Tajon á fines del siglo VII. Álvaro tuvo presente para este precioso libro, todavia no dado á la estampa, demás de las Sagradas Escrituras, las obras de San Clemente, Orígenes, San Atanasio, San Ambrosio, San Hilario, San Gerónimo, San Agustín, San Gregorio y San Cesario, no perdiendo de vista al gran doctor de las Españas.—Josefo y Eusebio, así como las Vidas de los Padres (*Vitae Patrum*), le ministraron testimonios y enseñanzas históricas que avaloran por extremo tan precioso tratado. Compónese este de ochenta y un capítulos (*España Sagrada*, tomo XI, cap. II), y han llegado felizmente á nuestros dias los dos preciosos códices que con nombre de góticos cita el P. Florez (ut supra), conservado el primero en la Biblioteca Nacional, donde lo examinó aquel ilustrado agustino, y el segundo en la Real Academia de la Historia con los Mss. de San Millan, adquiridos por este sabio cuerpo (*Mem. Hist. Esp.*, tomo II, pág. XI). Tambien se guarda en la Biblioteca Nacional la copia del siglo XIV, citada por Florez (*Id.*, *id.*, pág. 50).

Al considerar pues las fuentes en que Álvaro recoge la doctrina, comprendemos sin dificultad alguna cuán distante se hallaba de aquella ignorancia y rusticidad tan exageradas por su modestia: al examinarle bajo el aspecto meramente literario, advertiremos cuán severo anduvo consigo mismo quien no esquivaba á los demás aplausos y alabanzas. Amaestrado Álvaro en el lenguaje de la controversia, segun queda arriba insinuado, abrazaba la causa de los mártires con el mismo ardor con que habia pugnado en pró de la verdad y pureza del dogma; y dirigiéndose á probar que la persecucion, llorada por el cristianismo, nacia exclusivamente de la opresion ejercida por los mahometanos, cuya religion era, demás de esto, viva y clara ofensa de la moral enseñada por el Salvador, predicada por los apóstoles y defendida por la Iglesia, bosquejaba el lastimoso cuadro de la sociedad cristiana, despedazada por la ambicion y la ignorancia, y expuesta á los tiros de las artes políticas de los Califas y al escarnio y continua befa del populacho mahometano ¹.

Era el objeto del *Indículo* el mismo propuesto por Eulogio en el *Memorial de los Santos*: uno y otro aspiraban á sacar triunfante del vituperio, con que se intentaba abrumarla, aquella sublime abnegacion de los que, menospreciando las cosas del mundo, sellaban con su sangre la santidad de sus creencias; y sin embargo de esta identidad de fines y de la paridad de los estudios, á que juntos habian dado cima, distintas eran las dotes que resaltaban en ambos escritores. Eulogio, aunque apasionado siempre y fogoso en el instante de la contradiccion, jamás abandonaba la ternura de su alma, anhelando no tanto convencer por medio del raciocinio, como persuadir y avasallar el ánimo por medio de la simpatia: Álvaro, arrebatado siempre, tirante como el arco, á que no dá tregua la mano del ballestero, terrible en el ataque como esforzado y firme en la defensa, dirige á todas partes con igual ímpetu sus golpes; y despojándose, tal vez sin advertirlo, de aquella flexibilidad y sencillez que imprimen en la frase de Eulogio apacible candor y frescura, produce constantemente

¹ «Solitum est illis christianismum inridere et nobis omnibus chisticolis insultare» (*Indic. Lumin.*, núm. V). Véase tambien la nota 1.^a de la pág. 91.

un mismo efecto. Su elocuencia varonil y remontada, á la manera de la elocuencia de los Sénecas, no llora, como la de su amigo, sobre las reliquias de los mártires: admirando su virtud, venerando su memoria, contempla con ojos enjutos y radiantes de místico placer el hacha de los verdugos que trunca sus cabezas; y al ver derramada la sangre de aquellas voluntarias víctimas, vuélvese lleno de santa indignacion á la sociedad entera, para arrojársela sobre su frente y de sus hijos. Así, la elocuencia de Álvaro no podía en modo alguno producir el resultado de la elocuencia de Eulogio; y mientras logra este dominar al propio tiempo en todas las clases y gerarquias, porque á todos iba dirigida su enseñanza, limitábase los esfuerzos de aquel á los hombres de no escasa instrucción y privilegiado talento, en quienes sólo debía labrar la insólita energía de sus palabras, por más que se preciara de hablar el lenguaje de los rústicos.

Y á pesar de todo, Álvaro sabe, como Eulogio, pintar de mano maestra los males que agobian la grey católica, y dotado tal vez de más profundas miras, señala los orígenes de tantos infortunios en el enervamiento del patriotismo y mengua de la fé, fruto de la astuta política de los Califas. El generoso escritor, que habia comenzado por declarar la rusticidad é ignorancia de su lengua, termina la parte existente del *Indículo luminoso*, echando en cara á los cristianos el olvido de las letras latinas, y lamentando los estragos causados en la juventud por la literatura arábica, que seduciéndola con el fausto y pompa de sus no fáciles bellezas, borraba de este modo la memoria de la lengua nativa. Álvaro prorrumpe en estas elocuentes palabras:

«¿Quién es hoy tan solícito entre nuestros fieles legos, que dado al estudio de las Santas Escrituras, vuelva la vista á los libros de cualesquier doctores, escritos en lengua latina? ¿Quién se inflama ya en el amor evangélico? ¿Quién en el profético? ¿Quién en el apostólico? Por ventura los jóvenes, hermosos en el rostro, elocuentes en el habla, de hábito y porte vistosos, insignes en la erudicion musulímica, extremados en la facundia arábica, no buscan con suma avidéz los libros de los caldeos, no los leen atentísimamente, no los interpretan con ardor, y reuniéndolos con exímio cuidado, los divulgan, prodigándoles excesivas

«alabanzas, mientras ignoran la belleza de la literatura eclesiástica y menosprecian, como cosas viles, los rios de la Iglesia, que manan del paraíso!... ¡Ay qué dolor!... No saben los cristianos su ley, y desconocen los latinos su propia lengua, en tal manera que apenas se encontrará uno entre mil en toda la congregacion cristiana que pueda dirigir á su hermano cartas familiares racionalmente escritas. Y en cambio se hallará varia turba sin número, que explique eruditamente las pompas y bellezas de las letras caldeas!»¹

No eran entre tanto estériles los esfuerzos de Eulogio y de Álvaro: vistas sus obras por los verdaderos cristianos como la apología del martirio, encendieron más y más la fé de sus corazones, exasperando de nuevo á los mahometanos, quienes, cual vá insinuado, llegaban á pensar formalmente en la completa extirpacion de los mozárabes. La repentina muerte de Abd-er-Rahman, interpretada por estos como un castigo del cielo, parecia prometer algun respiro, esperanza que fué en breve desvanecida por Mahommah, quien irritado de la perseverancia de los cristianos, resolvió vencerla con todas sus fuerzas². Renacia

¹ Álvaro, que en esta forma se dolia del olvido de las letras latinas, no dejaba de reconocer la facundia y sonoridad de la lengua arábica, declarando no obstante, que poseian los sarracenos «el insensible sonido del bien hablar, careciendo del buen sentido de la verdadera elocuencia,» con lo cual «hacian tambien insensible la agradable armonia de su lengua.» «Insensibilem reddentes linguae arabicae plausibilem sonum» (*Ind. Lum.*, núm. XXVII). El *Indículo luminoso*, que fué escrito en 854, quedó sin terminar, ó no se ha transmitido á nosotros el libro II, que pensó añadirle Álvaro (Véanse los núms. I, XI y XXI). Tambien prometió componer otro libro contra el Koran, cuando al rechazar sus torpezas, decia: «Quae omnia in alio opere enucleatus et limatiori invectione, si Deus vitam concesserit, disseremus» (núm. XXIV).

² El primer testimonio que dió Mahommah de la adersion que profesaba á los cristianos, fué el de arrojar de su palacio en el primer dia de su reinado á todos los mozárabes que ejercian en él algun oficio ó ministerio, sujetándolos al censo comun, si no abjuraban del cristianismo.—De esta manera, no sólo los inhabilitaba para ejercer oficios públicos cerca de su persona, sino que los despojaba de los cargos militares, que habian tenido en los anteriores califados. La prevaricacion de unos y la exaltacion de otros fué la primera consecuencia de este acuerdo, contrario en verdad á la política de los Abd-er-Rahmanes (*Mem Sanct.*, lib. III, caps. I y II).

de este modo aquella tenaz lucha; y en mitad de los conflictos y vicisitudes que rodeaban á la grey de Cristo, de cuyas filas salian diariamente invencibles atletas, llegó á Eulogio el solemne momento de sellar con su propia sangre la sinceridad de sus predicaciones y la verdad de sus escritos. El infatigable presbítero, á quien el pueblo y clero de Toledo habian ofrecido la cátedra de Eugenio y de Ildefonso, azotado cruelmente y herido el rostro por la envilecida mano de un eunuco, era conducido al suplicio, glorioso término de sus penalidades, por haber patrocinado la fé de Leocricia, llamada por la Providencia á compartir con él los últimos laureles del martirio [859]. Álvaro, en quien esta irreparable pérdida produjo amargo sentimiento, mientras recogian los cristianos con tierno respeto los despojos mortales de su sabio amigo, colocándolos en la basilica de San Zoilo, donde habia profesado el sacerdocio ¹, escribia en breve y doloroso epítome su egemplarísima vida, quilatando dignamente su talento y sus virtudes, y cerrando con su martirio la patética historia, trazada por la pluma del mismo Eulogio ². Al pagarle este merecido y cariñoso tributo, recordaba Álvaro que habia cultivado la poesía, y ejercitando de nuevo las reglas métricas, restauradas por Eulogio, entonaba en ardiente himno, que repetian los fieles bajó las bóvedas del templo, las alabanzas de su vida y muerte, coronando estas singulares muestras de su dulce y acrisolada amistad con no menos laudatorio epitáfio, á que añadía, finalmente, sencilla y apasionada súplica, escogiéndole por su intercesor y patrono ³.

¹ Despues fueron trasportados con el cuerpo de Leocricia á Astúrias por solicitud de Alfonso III, el Magno, quien los mandó poner, dentro de preciosas arcaas, al lado del cuerpo de Santa Leocadia, en la *Cripta de la Cámara Santa*, construida junto á la catedral de Oviedo por Alfonso el Casto, y engrandecida despues por Alfonso VI. En 1340 fueron trasladados á la referida Cámara, donde en la actualidad se veneran (*Monumentos Arquitectónicos de España*, Monografía de la *Cámara Santa de la catedral de Oviedo*, II.^a Parte).

² *Vita vel Passio Sancti Eulogii*, auctore Alvaro Cordubensi.

³ El himno *In diem Sancti Eulogii*, su *Epitaphium* y la *Oratio Alvari*, de que en este lugar hablamos, fueron publicados por Ambrosio de Morales en la edicion de las obras de San Eulogio (Alcalá, 1574), reproducidos despues por

Al llegar á este punto, conviene fijar por un momento la vista en las obras poéticas de Álvaro que han logrado salvarse de la oscuridad de los siglos; porque son el más seguro comprobante del anhelo y respeto con que, en medio de la servidumbre, aceptan y siguen los mozárabes la tradicion de los estudios. Declara Álvaro que restableció Eulogio las leyes de la metrificación, ya olvidadas en su tiempo; y esta declaracion honrosa para su docto amigo, poniéndonos de relieve la infelicidad y postracion á que habian venido los estudios, por la época á que se refiere y por el linaje de tareas en que Eulogio á la sazón se ocupaba, prueba con toda evidencia, que á pesar de ser conocida la doctrina de Isidoro, se hubo menester del egemplo de los poetas profanos y sagrados para practicarla ¹. Álvaro, que recibe con veneracion y cariño las reglas de Eulogio, juzgando peligroso echarse en brazos de los poetas del siglo de oro de las letras latinas, busca entre los cantores del cristianismo digno modelo, á que amoldar sus

Francisco Escoto (Francfort, 1608), é incluidos con la *Vida del mismo santo* en la magnífica edicion de los PP. Toledanos (tomo II, pág. 394 y sigs.). El P. Florez los insertó asimismo en el Apénd. VI del tomo X de la *España Sagrada*; tomo dedicado exclusivamente, así como el siguiente, que encierra las obras de Álvaro y de Samson, á los mozárabes cordobeses.

¹ Las reglas que Álvaro atribuye á Eulogio fueron escritas por este durante su prision: «Ibi (in carcere) metricos, quos adhuc nesciebant sapientes Hispaniae, pedes perfectissime docuit, nobisque post egressionem suam ostendit (*Vita vel Passio*, núm. IV). Pero aunque esta manifestacion es de suma importancia para fijar la época en que Álvaro compuso las poesias que de él se conservan, siendo por tanto posteriores al año 851, no debe entenderse con toda latitud, só pena de caer en lamentable contradiccion. Los sabios de España, tales como Esperaindeo, Eulogio, Samson y el mismo Álvaro, conocian todos, estudiaban y citaban con frecuencia la memorable obra de las *Etimologias*; y explicándose en los caps. XV, XVI, XVII y XVIII del lib. I de una manera amplia y satisfactoria cuanto tiene relacion con la métrica latina, no hay razon para suponer que fuera esta desconocida de los eruditos hasta los tiempos, á que Álvaro se refiere. Su testimonio prueba sí, el abandono en que los buenos estudios habian caido por efecto de la política mahometana, y que tal vez no se aplicaba ya la doctrina del doctor de las Españas, á cuya restauracion se dirigieron sin duda los esfuerzos de Eulogio, ampliándola oportunamente y uniendo á la teoria el egemplo de los antiguos poetas, traídos por él á Córdoba.

inspiraciones; y deteniendo sus miradas en las poesías de Eugenio, acátalas como norma y dechado, y cifra toda su gloria en seguir sus aplaudidos vuelos.

Pero si imitándole en casi todas sus producciones, vá tan adelante que no sólo toma de él los asuntos de que trata, sino que llega á convertirse en mero copista, segun enseña el *Carmen Philomenae*¹, careciendo de la sensibilidad y ternura que habian caracterizado al discípulo de Bráulio, no le es posible dar á sus poesías aquel vivo interés y patética entonacion, que hemos apreciado en las de Eugenio. Inclinado en esta forma á la imitacion, como consecuencia natural de sus estudios, mientras reconocia la superioridad de los poetas sagrados de siglos anteriores, y vene-

¹ Aun á riesgo de ser prolijos, parécenos oportuno citar aquí algun ejemplo de estas imitaciones. Eugenio habia dicho en el *Carmen Philomelaicum*:

Vox, Philomela, tua cantus edicere cogit
Inde tui laudem rustica lingua canit.
Vox, Philomela, tua citharas in carmine vincit.
Et superat miris musica flabra modis.
Vox, Philomela, tua curarum semina pellit,
Recreat et blandis anxia corda sonis, etc.

Álvaro escribe:

Vox, Philomela, tua metrorum carmina vincit
Et superat miris flamina magna modis.
Vox, Philomela, tua dulcis super organa pergit,
Cantica nam suave fulgide magna canit.
Vox, Philomela, tua superat sic gutture musas,
Ut citharas vincat sibila ter..., etc.

No creemos necesario seguir copiando, pues aunque la composicion de Álvaro tiene por desgracia no pocas lagunas en la única edicion que de sus versos existe, bastan los ya transcritos para cumplida comprobacion de nuestro aserto. Respecto de la imitacion de los asuntos, será bien advertir que San Eugenio hizo, demás de los versos citados, otras tres composiciones á la *Golondrina*, habiendo cantado las quejas de su enfermedad (*Querimonia aegritudinis propriae*), la venida de su vejez (*De adventu propriae senectutis*) y la brevedad de la vida (*De brevitae huius vitae*). Álvaro compuso las efemérides de sus dolencias (*Ephemerides aegritudinis propriae*), su propio lamento (*Lamentum metricum proprium*), y para seguir en todo las huellas de Eugenio, cantó repetidas veces á la *golondrina* (*hirundo*), y tuvo tambien presentes los versos *In Bibliothecam*, al escribir los que dirigió á Leovigildo con el mismo propósito (*In Bibliothecam Leovigildi*). La tradicion de los estudios no podia ser más eficaz, ni la imitacion más directa é inmediata.

raba, á pesar de su ortodoxia, las obras de la antigüedad clásica, admitia en sus metros la rima, prodigada en todos sus escritos¹, y daba el nombre de *Cintia* al astro de la noche, introduciendo así el uso de la mitologia en la poesia cristiana². Y sin embar-

¹ Demás de la rima que nacia de la figura *homoteleuton*, de que hemos dado noticia (Cap. IX, nota 57), usó ya Álvaro la consonancia tal como la emplearon despues los poetas vulgares, bien que no con la insistencia que en estos se advierte. Al final de la composicion *In laudem Crucis*, se lee:

Perfida discedat turba fuscata dolore:
Agmina exultet Christi florenti decore.
Et sinagoga suo recedat nunc furva colore:
Ecclesia iubilet clarenti fulva colore,
Quam Christus pulero semper sibi iungit amore.

Al terminar los versos *In laudem B. Hyeronimi*, decia:

Optima factura Domini, decus atque figura,
Deliciis plena paradisi, luxque serena,
Fulgens fulgore nimio, perfecto decore:
Forma vicisti superos, super astra fuisti,
Cunctis splendorem mirantibus atque decorem
Effigies prima cecidisti lapsus ad ima:
Te deiecisti, quia te super astra tulisti:
Gratia fulgoris fuit intima causa doloris.

Sorprendente parecerá sin duda el hallar á mediados del siglo IX usados ya los versos leoninos que algunos siglos despues se ponen de moda entre los eruditos de toda Europa; pero no es menos cierto. Álvaro se valió tambien del consonante para la prosa, segun de propósito notaremos en la *Ilustracion* número I.

² Esta contradiccion entre el sentimiento religioso y el respeto á las obras de la antigüedad, es tanto más digna de notarse cuanto más ardiente se habia mostrado Álvaro, al rechazar, dirigiéndose á Juan Hispalense, las galas debidas al arte y aprendidas á la sazón en el célebre libro de Elio Donato.—Quien, presintiendo sin duda lo que habia de ser en siglos posteriores el arte cristiano, aplaudia en Yuvenco, no los aciertos de su musa, sino el gran pensamiento religioso que la habia inspirado (Epist. IV, núm. X), y exclamaba despues: «¿Quid facit cum psalterio Homerus, cum Evangeliiis Horatius, cum Apostolo Cicero?...» (Id., núm. XX), parecia prometer mayor consecuencia con los mismos principios que asentaba. Pero tal es la ley de las cosas humanas: temiendo que Juan Hispalense cayera en la idolatria, por seguir y defender el arte de Donato, que parecia explicar públicamente, le habia dicho: «Nonne scandalizabitur frater, si te viderit in idolio recumbentem?...» y sin embargo Álvaro aspiraba á practicar las leyes de la métrica latina, restauradas por Eulogio, y, lo que es más notable, admitia en sus versos las

go, cuando agitado por el sentimiento religioso consagra su musa á cantar la majestad y omnipotencia divina [*Versus laudis, vel precis*]; cuando rendido ante el sublime símbolo de la redencion, ensalza sus excelencias y misterios [*In laudem Crucis*]; y cuando lleno por último de profunda admiracion, recuerda la ciencia y la virtud de Gerónimo [*In laudem Beati Hyeronimi*], no solamente hace alarde de aquella singular espontaneidad y varonil energia, que hemos reconocido en su elocuencia, sino que aparece digno del envidiado galardón de los poetas.

Esta manera de vacilacion entre el instinto de la propia libertad y el respeto á la autoridad, que triunfa al cabo en las obras de Álvaro, siendo, como era, la necesidad suprema de todos los estudios, pinta en él, no menos que en Eulogio, el estado de incertidumbre y de angustia, á que se hallaba reducida la raza mozárabe, y enaltece al propio tiempo el decidido empeño con que, cediendo al imperio de la tradicion, acuden uno y otro á restablecer la literatura hispano-latina, á despecho de la política de los Califas, vigorosamente combatida por ellos en el terreno de la religion y del patriotismo ¹.

deidades de la teogonia greco-romana, y como hemos ya advertido, se mostraba grandemente apasionado de Virgilio, y docto en el conocimiento de otros muchos poetas latinos, tales como Horacio, Persio, Marcial y Juvenal, cuyos versos cita con oportunidad y no mal gusto.

¹ No es lícito pasar adelante sin advertir que la mayor parte de los escritores que se han referido á las obras de Álvaro Cordobés, para apreciar el estado de las letras, durante el siglo IX, han dado muestra de conocer únicamente el pasaje que se refiere al olvido de la lengua latina, citado desde el siglo XVI por el doctor Aldrete en sus *Orígenes de la española*. El detenido estudio de las obras del mismo Álvaro y de su amigo Eulogio persuade hasta la evidencia de que, si lamentaron estos ilustres varones el fatal efecto producido en la grey cristiana por las leyes y la política de los Califas, aspiraron á restaurar con sus esfuerzos intelectuales el empañado brillo de las letras latinas, manteniendo así vivo el espíritu de aquella nacionalidad, cuya destruccion ambicionaban los descendientes de Abd-er-Rahman I. Los escritores que tanto en España como fuera de ella, han tenido por único fundamento de sus juicios, respecto al estado de la cultura mozárabe, el pasaje aislado de Álvaro Cordobés, no han podido abarcar el conjunto de aquella misma cultura, desconociendo enteramente las causas de las quejas de Álvaro y de la terrible lucha que tiene por última fórmula el martirio.

El martirio de Eulogio, á que siguió en breve la muerte de Álvaro [861], dejaba en lastimosa orfandad á la grey cristiana, que rendida al peso de sus infortunios, caía por último en honda postracion y abatimiento. Ninguno de los que habian florecido al lado de tan doctos agiógrafos, alcanzaba la autoridad ni la ciencia bastantes á sostener por más tiempo aquella heróica lucha. El problema estaba resuelto: los sucesores del grande Abd-er-Rahman, impotentes para reducir á una sola familia las multiplicadas razas que poblaban su territorio, é inhábiles para fundar la unidad política y religiosa del Califato por aquel príncipe ambicionada, habian dado virtualmente cima á la infanda obra que debian en breve consumir los destructores del mismo Imperio de los Califas; y vencedora por estos inesperados reveses aquella despiadada y ya vengativa política, daba en Servando á los mozárabes desalmado opresor, quien para conservar la dignidad de Conde, á que habia subido desde el tugurio de los siervos ¹, y con ella el favor del Califa, curaba sólo de humillar la quebrantada entereza de los suyos, aniquilándolos y destruyéndolos. Completaba este miserable cuadro la menguada pravedad de Samuel, obispo de Elvira, y sobre todo la crueldad y doblez de Hostegesis, obispo de Málaga, deudo de Servando, y como él predilecto de la córte musulmana; pues no contento este mal pastor con ensangrentarse, cual rabioso lobo, en sus propias ovejas, sembraba tambien entre ellas con torpe mano la cizaña de la herejia ².

¹ Véase la nota 1.^a de la pág. 28 de este segundo volumen.

² No solamente debemos al abad Samson las noticias de esta nueva tribulacion que cayó sobre los católicos en la segunda mitad del siglo IX, sino el retrato, bien repugnante por cierto, de aquellos dos personajes, fautores y cabezas de la opresion y la herejia, en que esta se apoya. Hostegesis es acusado de simoníaco, exactor violento y sacrilego de las tercias, opresor de los sacerdotes, á quienes azota y decalva, cuando no le pagan los censos que arbitrariamente les impone, é impuro y libidinoso sodomita: su anhelo por lisonjear los deseos de la córte musulmana, le lleva al punto de engañar á los cristianos, para que se prestaran á la formacion de un encabezamiento general, prometiéndoles interceder por ellos (quasi pro eis oraturus) y entregándolo despues á los sarracenos, á fin de que ninguno se libertara de los impuestos nuevamente inventados. Servando, que es calificado por el mismo Samson de malvado, soberbio, mal nacido, avariento y cruel, hacia tributa-

Pero del centro mismo de los oprimidos alzabase entre tanto la voz del presbítero Samson, abad primero del monasterio de Peñamelaria y rector despues de la basilica de San Zoilo, para rechazar los errores difundidos por aquel indigno prelado; y aunque no le era ya posible devolver á los verdaderos católicos el vigor perdido, pensó el generoso presbítero en preservarlos de aquella activa gangrena, que amenazaba de muerte á la raza mozárabe. Cimentado, como Eulogio y Álvaro, en el conocimiento de las Sagradas Escrituras, docto, como ellos, en el estudio de los Padres, y admirador de las letras latinas, cuyas inmortales obras recibe sin duda de sus manos, entra Samson en lid abierta con Hostegesis y sus numerosos secuaces; y condenado y absuelto sucesivamente por los obispos de los dominios musulmanes [862 y 863], arrostra con entero corazon la persecucion y el destierro.

Desde Tucci [*Martos*], donde halla acogida, mientras se doblan á la astucia del heresiarca hombres tan ilustrados como el presbítero Leovigildo, lanza en 864 su formidable *Apologético*, máquina de guerra, en que usando de todas armas y empleando todos los tonos, ya ataca á Hostegesis, confundiéndole y amenazándole con la autoridad y pureza de la doctrina que hace pública y ostensible su vergonzosa ignorancia de las Escrituras, ya le abrumba bajo el peso del ridículo, burlándose de su impericia literaria, ya en fin moteja la tosquedad y extravagante rudeza de su dición y de su estilo.

«Maravillaos! Maravillaos! (prorumpia). Decidme, os ruego, oh doctos varones, que sabeis quilatar el lenguaje de las escuelas con los dichos de este autor de la nueva lengua, ¿dónde aprendió estas cosas? ¿Bebiólas acaso en la Tuliana ó Ciceroniana fuente? ¿Trajo estos nombres, inusitados á nuestros oidos, siguiendo los egemplos de Cipriano, Gerónimo y Agustino? ¿Ó lo

rias las iglesias y altares, ponía en venta el sacerdocio y despojaba los templos de las sagradas oblaciones. En su ciego y servil afan de enriquecer el Erario sarraceno, á costa de los cristianos, aconsejó á Mahommad que impusiera, sólo á los mozárabes de Córdoba, la contribucion de cien mil sueldos, con lo cual obligó á muchos á renegar del cristianismo, para sustraerse á tan pesadas cargas. Es sobre estos puntos notabilísimo el proemio del libro II del *Apologético* de Samson (*España Sagrada*, tomo XI, pág. 375).

»que es más cierto, dictólos la necedad, siendo maestro el propio corazon?... Si la oscura niebla de la ignorancia (añadia, apostro-fando al mismo Hostegesis), ocultando los géneros de los nombres, pronombres y participios, escondió las personas y tiempos de los verbos, debieras imponer silencio á la trompeta de tu inarticulada voz, con el candado de los dientes, y no mandar á los siglos futuros tus irrisorias cartas, cuajadas de vanidades. Porque, créeme: estas tinieblas de la ignorancia se disiparán algun día, y volverá aun á España el conocimiento del arte gramático; y entonces será ya á todos patente de cuántos errores eres esclavo tú, que juzgas hoy ser conocidas las letras por los hombres estúpidos!... Ni es ya agradable reprender á cada paso su rusticidad (exclamaba por último, dirigiéndose á los lectores), cuando es público que él ó pocas ó ningunas cosas escribe sacadas de la raíz de la ciencia, sino al ciego acaso. Porque el que no acertó á guardarse de los vicios, tampoco alcanza á poseer la pureza de la lengua romana. De donde debe decirse con Virgilio:

«Ame de Mevio el verso desabrido
Quien de Bavio no odia la poesía:
Las raposas ayunte en el egido
Y ordeñe los javatos á porfia 1.»

Era en verdad el *Apologético* el más cumplido proceso, así de la protervia de Hostegesis contra el abad Samson y los cristianos,

1 *Apolog.*, lib. II, cap. VII.—Debemos notar aquí que estas impugnaciones literarias son muy frecuentes en el *Apologético*, obra de que sólo se conservan los dos primeros libros, si ya es que llegó á escribirse el tercero, como prometió el mismo Samson. Este, segun previnimos arriba, cita la *Égloga* III de Virgilio, versos 90 y 91, que dicen:

Men. Qui Bavium non odit, amet tua carmina, Maevi.
Atque idem iungat vulpes et mulgeat hircos.

La version que ponemos de estos versos, está tomada de *Las Bucólicas de Virgilio, traducidas en verso castellano*, por don Felix Maria Hidalgo (Sevilla, 1829). De observar es, respecto del abad Samson, el empeño que pone en conservar la pureza de la lengua y la majestad de la elocuencia romana, cuya posesion niega á Hostegesis, manifestando así que se conceptuaba como heredero de la tradicion literaria, que hemos visto personificada en Eulogio y Álvaro.